

El silencio es dejar espacio
entre mi yo y la realidad.

Amar es autolimitarse

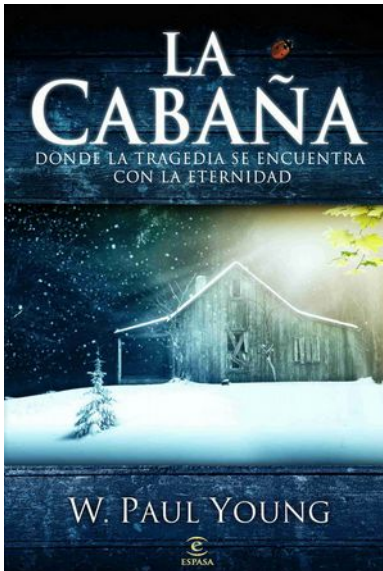
Pàg 1 de 8



En la novela La Cabaña, de Paul Young, ocurre la escena que vas a leer.

Pero si no la has leído, primero una pequeña explicación:

- Mack (Mackenzie) es el padre desesperado de una niña asesinada por un loco. El cuerpo de la niña no ha aparecido, ni el loco ha sido detenido. Recibe un mensaje para que se desplace a una cabaña, en realidad el mensaje lo firma Dios.



Una vez en la cabaña, cansado de esperar a que Dios aparezca se duerme... Y aquí empieza lo interesante... Metido en la ficción de su sueño se encuentra con Dios, bueno con toda la Trinidad. Los diálogos que el autor crea entre la Trinidad y el protagonista son lo mejor de la novela.

Para entender los párrafos:

- Jesús, es Jesús de Nazaret, claro.
 - Papá (en realidad es una mujer, y negra)
 - Sarayu (representa al Espíritu Santo, también mujer)
- (Los subrayados son nuestros)

“Mack se irguió en el baño, mirándose al espejo mientras se secaba la cara con una toalla.

Buscaba alguna señal de locura en esos ojos que lo veían. ¿Era real esto? Por supuesto que no, era imposible. Pero entonces... Extendió su mano y tocó lentamente el espejo. Tal vez era una alucinación ocasionada por su dolor y su

desesperanza. Tal vez era un sueño, y él estaba dormido en alguna parte, quizás en la cabaña congelándose hasta morir. Tal vez... De repente, un terrible ruido lo despertó de su ensoñación. Venía de la cocina, y Mack se paralizó. Por un momento hubo un silencio mortal, y luego, inesperadamente, Mack oyó una risa estruendosa. Salió con curiosidad del baño y asomó la cabeza por la entrada de la cocina.

La escena frente a él lo impactó. Al parecer, Jesús había tirado al suelo un enorme tazón con una especie de pasta o salsa, que se regó por todas partes. Seguramente había caído cerca de Papá, porque la parte inferior de su falda y sus pies descalzos estaban cubiertos de ese revoltijo. Reían tan fuerte que Mack creyó que habían dejado de respirar. Sarayu dijo algo sobre los torpes seres humanos y los tres empezaron a carcajearse de nuevo. Por último, Jesús pasó de prisa junto a Mack y volvió un minuto después con una enorme palangana con agua y toallas. Sarayu ya había empezado a quitar esa sustancia viscosa del piso y los aparadores, pero Jesús llegó directo hasta Papá y, postrándose ante él, se puso a limpiar el frente de sus ropas. Luego se agachó hasta sus pies y tomó suavemente uno por uno, metiéndolos en la palangana, donde los limpió y masajéó.

-¡Aaaaah, qué rico! -exclamó Papá, mientras proseguía con sus tareas en la cocina.

Recargado en la puerta y mirando, Mack era un remolino de ideas. ¿Entonces, así era Dios en sus relaciones? Era bello, y muy seductor. Supo que no importaba de quién había sido la culpa: el desastre de que un tazón se hubiera roto, de que un platillo planeado no fuera a compartirse. Obviamente, lo que en verdad importaba era el amor que ellos se tenían, y la plenitud que eso les daba. Sacudió la cabeza. ¡Qué diferente era eso a como él trataba a veces a quienes amaba!

La cena fue sencilla, pero un festín de todos modos. Ave asada de algún tipo en una especie de salsa de naranja y mango. Verduras frescas sazonadas con sabía Dios qué, todo delicioso y punzante, picante y fuerte. El arroz era de una calidad que Mack nunca antes había probado, y podría ser una comida completa. Lo único raro fue el principio, cuando Mack, por costumbre, inclinó la cabeza antes de recordar dónde estaba. Cuando levantó la vista, los tres se reían de él. Así que dijo, lo más despreocupadamente que pudo:

-Um, gracias a todos... ¿Me podrían pasar un poco de ese arroz?

-¡Claro! Íbamos a comer una increíble salsa japonesa, pero unos dedos grasosos -Papá se inclinó hacia Jesús- decidieron ver si brincaba.

-¡Vamos! -respondió Jesús, en burlona defensa-. Tenía las manos resbalosas. ¿Qué más puedo decir?

Papá le guiñó un ojo a Mack mientras le pasaba el arroz.

-Es imposible que le ayuden a una aquí.

Todos rieron. La conversación transcurrió normalmente. Mack fue interrogado sobre cada uno de sus hijos, salvo Missy [la hija asesinada], y habló de sus triunfos y sus afanes. Cuando dijo que estaba preocupado por Kate [otro hijo] , los tres asintieron con la cabeza con expresión inquieta, pero no le ofrecieron consejos ni sabias recomendaciones. También respondió interrogantes sobre sus amigos, y Sarayu pareció la más interesada en preguntar por Nan [su esposa] . Para terminar, Mack soltó algo que le había incomodado durante toda la conversación:

-Yo les hablo de mis hijos y mis amigos y Nan, pero ustedes ya saben todo lo que les estoy diciendo, ¿no? Actúan como si fuera la primera vez que lo oyeran.

Sarayu alargó un brazo sobre la mesa y tomó su mano.

-Mackenzie, ¿recuerdas nuestra conversación sobre la limitación?

-¿Nuestra conversación?

Miró de reojo a Papá, quien asentía enfáticamente.

-No puedes compartir con uno de nosotros y no compartir con todos -dijo Sarayu, y sonrió-. Recuerda que decidir estar en la Tierra es una decisión para facilitar una relación, para honrarla. Tú haces lo mismo, Mackenzie. No juegas con un niño o coloreas una figura con él para mostrar tu superioridad. Más bien, **decides limitarte para facilitar y honrar esa relación**. Hasta perderás en una competencia con tal de lograr amor. No es por ganar o perder, sino por amor y respeto.

-Entonces, ¿cuando les estoy hablando de mis hijos...?

-Nos limitamos por respeto a ti. No tenemos en mente, por así decirlo, nuestro conocimiento de ellos. Cuando te escuchamos, es como si fuera la primera vez que sabemos de ellos, y nos deleita sobremanera verlos a través de tus ojos.

-Me gusta eso -reflexionó Mack, acomodándose en su silla. Sarayu apretó su mano y pareció acomodarse a su vez.

-¡A mí también! Las relaciones nunca son por poder, y **una manera de evitar el deseo de tener poder sobre otro es**

decidir limitarse, para servir. Los seres humanos hacen esto a menudo; al ocuparse de los enfermos y desvalidos, al servir a aquellos cuya mente se ha extraviado, al relacionarse con los pobres, al amar a los muy ancianos y a los muy jóvenes, o incluso al preocuparse por quien ha asumido una posición de poder sobre ellos.

-¡Bien dicho, Sarayu! -dijo Papá, el rostro reluciente de orgullo-. Me haré cargo de los platos después. Pero primero me gustaría tener un momento de devoción.

Mack tuvo que reprimir la risa ante la idea de que Dios tuviera devociones. Imágenes de momentos familiares de oración en su infancia se desparramaron en su cabeza, no precisamente buenos recuerdos. Con frecuencia ése era un tedioso y aburrido ejercicio de dar con las respuestas correctas o, más bien, con las mismas viejas respuestas a las mismas viejas preguntas sobre historias de la Biblia, y luego tratar de mantenerse despierto durante las tortuosamente largas plegarias de su padre. Sobre todo cuando éste había bebido, las oraciones familiares se convertían en un aterrador campo minado, donde cualquier respuesta incorrecta o inadvertida mirada podía detonar una explosión. Mack casi supuso que Jesús sacaría una enorme y antigua Biblia del rey Jacob.

En cambio, Jesús se tendió sobre la mesa y tomó las manos de Papá entre las suyas, las cicatrices ahora claramente visibles en sus muñecas. Mack sintió transfigurarse al ver a Jesús besar las manos de su Padre, mirarlo fijamente a los ojos y decirle al fin:

-Papá, me agradó mucho ver que te ponías a la entera disposición del dolor de Mack, y le concedías espacio para decidir su propio momento. Lo honraste, y me honraste. Oírte murmurar paz y amor en su corazón fue realmente increíble.

¡Qué dicha ver algo así! Me fascina ser tu hijo.

Aunque Mack se sintió un intruso, eso no pareció preocuparle a nadie, y en realidad él no habría sabido adonde ir en todo caso. Estar en presencia de la expresión de tanto amor desatascó al parecer una obstrucción emocional interior; y aunque no comprendía exactamente lo que sentía, sabía que era bueno. ¿Qué atestiguaba? Algo simple, cálido, íntimo, genuino; algo sagrado. Lo sacro siempre había sido un concepto estéril y frío para Mack, pero esto no era así. Preocupado de que cualquier movimiento de su parte pudiera romper ese momento, simplemente cerró los ojos y entrelazó las manos frente a él. Escuchando atentamente con los ojos cerrados, oyó que Jesús movía su silla. Hubo una pausa antes de que hablara de nuevo:

-Sarayu -empezó Jesús, suave y tiernamente-: tú lavas, yo seco.

Los ojos de Mack se abrieron bruscamente, a tiempo para descubrir a los dos sonriéndose ampliamente, alzando los platos y desapareciendo en la cocina. El se quedó sentado unos minutos, sin saber qué hacer. Papá se había ido a alguna parte, y ahora que los otros dos estaban ocupados con los trastes... bueno, era una fácil decisión. Alzó los cubiertos y los vasos y se dirigió a la cocina. Tan pronto como los dejó para que Sarayu los lavara, Jesús le lanzó un trapo y ambos se pusieron a secar...”.

(pág. 75-79)

Decidir limitarse por amor.

Autolimitarse.

Dios se ha autolimitado para que el ser humano sea libre,

capaz de amar... para convertirse en Hijo de Dios.
Dios calla.
Dios es silencio.
No resuelve nuestros problemas.
No interviene cuando nos vemos en un aprieto.
No aparece para evitar el asesinato de su Hijo.
No manda 12 legiones de ángeles para que no crucifiquen a Jesús.
Dios, encarnado en un condenado a muerte.
Dios de los pequeños, enfermos, excluidos...
Dios que salva todo lo insignificante...

Para dar poder al ser humano.
Para hacerlo capaz de amar.
Para empoderar.

Dios no se impone,
no domina,
no despliega todo su poder...

Dios ha optado por la kénosis, la autolimitación:

Flp 2, 5-11

Pensad entre vosotros de la misma manera que Cristo
Jesús, el cual:

Aunque era de naturaleza divina,
no se aferró al hecho de ser igual a Dios,
sino que renunció a lo que le era propio
y tomó naturaleza de siervo.

Nació como un hombre,
y al presentarse como hombre
se humilló a sí mismo
y se hizo obediente hasta la muerte,
hasta la muerte en la cruz.

Por eso, Dios lo exaltó al más alto honor
y le dio el más excelente de todos los nombres,
para que al nombre de Jesús
caigan de rodillas
todos los que están en los cielos,
en la tierra y debajo de la tierra,
y todos reconozcan
que Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre.

¿Y tú?

¿Te autolimitas por amor?

¿Te rebajas para servir?

¿Te haces niño para entender el Reino?

¿O estás siempre a la defensiva?

¿Egocéntrico?

¿Callas para que otros tengan palabra?

¿Buscas imponerte o que los otros suban?

¿Y si Dios estuviera en silencio... para que el ser humano
alcance su verdadera dimensión y dignidad?

¿Y si Dios te ha hecho a su imagen y semejanza?

¿Y si también te ha hecho hijo suyo?